

# OTRA DRAGONADA

## Capítulo 7

### El día de la marmota

#### (Segunda Parte)

Aún está fresca la mañana y el buen Ululato ya ha avanzado un buen trecho de camino por el Bosque Negro. Si la fortuna le es propicia calcula que cuando el día decline ya se encontrará en el linde de la masa forestal, muy lejos de los peligros que acechan entre la espesura vegetal y más cerca de conseguir su ansiada libertad, pues espera poder poner tierra de por medio entre la pérfida Lady Citronella y sus cansados huesos de juglar.

Ululato está de buen humor. Qué diferente se le antoja esta jornada de las penurias que vivió hace apenas un día. La armadura de Sir Héctor está embalada y bien atada en la grupa de su montura. Qué ligero se siente a lomos de un rocín vigoroso, un pura sangre digno de un rey. Cuando se halle lo suficientemente lejos de las garras de su señora podrá venderlo para sacarse unos buenos cuartos con los que comprar su pasaje en uno de los barcos que surcan los mares rumbo a remotas tierras. Podrá viajar como un señor y no como el servil patán que siempre ha sido. Empieza a silbar una cancioncilla, animado por la perspectiva de una nueva vida llena de buenaventura. Al cabo de un rato escucha el inconfundible rumor del agua alegre de un arroyo. Como se siente ufano y vigoroso decide acercarse para saciar su sed y de paso comer alguna de las ricas viandas que su buen amigo Theo le ha obsequiado para hacerle menos penoso su largo viaje. ¡Bendito sea por siempre el buen leñador!

—¡Arre, Fulguroso!

Ululato espolea al caballo al que acaba de bautizar, pues no recuerda si el jamelgo ya tenía nombre previamente. El animal, al sentir el talón de su jinete clavándosele en los flancos, se encabrita y sale al galope por el estrecho camino del bosque. El vocero, intenta sujetarse al cuello del animal, olvidando por completo tirar de las riendas para frenar al vigoroso corcel. En la primera curva sale despedido, con tan mala fortuna, que va a dar con su magullado cuerpo en el medio de unas zarzas de afilados pinchos. El pobre hombre se



remueve luchando por deshacerse de los filos como cuchillos que le sajan la piel. Al cabo de un buen rato andando entre zarzas consigue salir del atolladero y se encuentra de nuevo en medio del camino. Tiene su bonita pelliza de piel echa girones y está todo ensangrentado por los arañazos y cortes que le ha hecho el ruin zarzal. Maldice su estampa por haber sido tan estúpido de pensar que el caballo de Sir Héctor, que ya había dado muestras de no tenerle ningún tipo de respeto en el pasado, iba a seguir las indicaciones que él le diera.

—¡Maldito seas, Fulguroso!—grita subiendo el puño con rabia.

A la voz de su amo acude el rocín como alma que lleva el diablo y es tal su velocidad que se lo lleva por delante lanzándole varios metros por el aire, que hubieran sido más si la escuálida persona del juglar no hubiera sido frenada por el robusto tronco de uno de los robles que crecen en el Bosque Negro. Debido al tremendo golpe que se ha dado en la cabeza, el vocero acaba desmayado al borde del camino, siendo presa fácil de las alimañas que se ocultan en la espesura vegetal.

\*\*\*

Cuando Ululato despierta cree encontrarse en un sitio que le es familiar. El ambiente huele a madera y a calor de hogar. Abre los ojos, consigue fijar la vista y es entonces cuando se encuentra con la cara del barbudo pelirrojo Theo que le mira sonriente desde sus alturas de gigantón.

—Noble Sir Héctor, qué alegría veros despierto al fin—dice Theo entusiasmado.—Llegamos a temer por vuestra vida, nuestro sabio Kant ha tenido que aplicar toda su ciencia para curaros de vuestras muchas heridas.

—Amigo Theo—acierta a decir Ululato.—¿Pero qué es lo que ha pasado?

—Tremenda lucha debió ser la vuestra, fiero señor, para haber acabado tan maltrecho.

—¿Lucha?—balbucea confuso el voceador.

—Oh, sí, no intentéis restaros méritos, pudimos ver las marcas de la refriega en el camino y las huellas ensangrentadas alejándose hasta las cuevas. Las reconocimos al instante. Un oso de las cavernas ni más ni menos. Un animal descomunal al que debisteis dejar



malherido pues de otro modo no habría huido dejando a su presa. No cabe duda de que sois un gran héroe, señor.

—Oh, sí, claro, por supuesto, un oso—Ululato no da crédito a lo que le está diciendo el leñador. Está claro que de nuevo le ha tomado por lo que no es. Deberá inventarse una historia para salir del entuerto.

—Pero no es ahora el momento de narrar vuestras hazañas, Sir Héctor, que aún estáis muy débil, cerrad de nuevo los ojos y descansad tanto tiempo como os pida el cuerpo.

\*\*\*

Ululato se despierta con la canción de regreso al hogar que entonan los fornidos leñadores. Los trabajadores se aproximan a la cabaña desde lo más profundo del bosque. En unos minutos el maltrecho juglar les podrá saludar de nuevo.

*"Ya está, ya está, volvemos de currar, tralará, lará, tralará lará, ya está, ya está..."*

—¡Ya están volviendo, Sir Héctor!—Theo entra como una exhalación en la cabaña pegándose un trastazo en la cabeza con el travesaño de la puerta. ¿De qué tendrá hecha la cabeza que ni tan solo se inmuta por el golpe?

—Oh, buen Theo, qué alegría me da poder disfrutar una vez más de la compañía de tan leales siervos.—miente Ululato, que ya se ha puesto en pie para vestirse con las ropas que el leñador le ha traído y que deben ser tres tallas más grandes que la suya.

—Ya verá usted lo mucho que se van a alegrar de verle, en especial mi chico, que no hace nada más que hablar de usted y de sus muchas hazañas.—responde Theo orgulloso.

Ululato está un poco nervioso. La anterior noche por poco descubren su engaño y ahora se ve en la obligación de repetir la misma pantomima con la esperanza de poder continuar su viaje sin ser desmembrado por los siete gigantones. Es como si tuviera que vivir el mismo día una y otra vez, una y otra vez. Tendrá que andarse con mucho cuidado.

*"Ya está, ya está, volvemos de currar, tralará, lará, tralará lará, ya está, ya está..."*

—¡Ya van por el cruce del castaño de siete ramas!, ¿los oye usted cantar, Sir, debe haber sido fructífera la jornada pues regresan contentos.—Ululato juraría haber oído esa misma frase antes.



*"Ya está, ya está, volvemos de currar, tralará, lará, tralará lará, ya está, ya está..."*

—Ya están en el camino de entrada, ¡qué gozosos se les oye!—Ululato se pellizca en el brazo, ¿acaso está soñando? Está completamente seguro de que ha escuchado eso mismo hace apenas unas horas. Ahora Theo saldrá a recibir a sus compañeros pero tendrá la precaución de agachar la cabeza para salvaguardar su sufrida testa. Como si hubiese seguido el hilo de los pensamientos del falso noble, el gigantón se precipita fuera de la cabaña arreándose un mamporro en medio de la frente. Ululato suspira decepcionado, por un momento había pensado que era capaz de predecir el futuro.

*"Ya está, ya está, volvemos de currar, tralará, lará, tralará lará, ya está, ya está..."*

Los vozarrones se escuchan ahora alto y claro cuando Ululato, expectante, ve aparecer por el recodo del camino al pintoresco grupo de barbudos hombretones, musculosos y altos como robles que, como la noche anterior llegan cantando y riendo alborozados. ¿Quién pudiera ser como ellos? Lo que daría el vocero por poder volver a su vida sencilla de juglar, la de antes de estar metido en todos estos embrollos de nobles y dragones.

—¡Sir Héctor, está recuperado!—exclama el pequeño gran Eric echando a correr y abrazando al pobre Ululato con sus brazos hercúleos. No puede reprimir un pequeño gesto de emoción al comprobar el cariño que le profesa el colosal jovencuelo.

Una vez libre del efusivo gesto de cariño del zagal, Ululato da un paso al frente para saludar a los corpulentos muchachos que, sin atreverse a ser tan espontáneos como el cachorrillo Eric, le miran con afecto desde una prudencial distancia. Cualquier siervo de bien debe mantenerse alejado del espacio vital de un noble, aunque dicho caballero sea tan cercano y agradecido como Sir Héctor y haya compartido con ellos hoguera, comida y charla.

—Queridos leñadores Rob, Víctor, Vasil, Phil, Kant y el pequeño gran Eric. Theo, venid a saludar a vuestro amigo Sir Héctor el Magnífico, pues así es como habréis de llamarme de ahora en adelante, amigo, porque ya es la segunda vez que me salváis la vida.

Rob da un paso al frente y hace una reverencia a Ululato que le devuelve el saludo con una leve inclinación de cabeza, como corresponde a su rango. De nuevo tiene la sensación de haber vivido ya este mismo momento.



—Me alegra veros recuperado, señor.—dice el dormilón.—Si no os molesta iré a estirarme un rato antes de la cena, ha sido una dura jornada de trabajo.

—Claro, claro, buen hombre, retírate a dormir un rato, seguro que te despertaremos para la cena.—dice Ululato pensativo.

Víctor el mudito se inclina para saludar a Ululato. Le dirige una franca sonrisa que el vocero le devuelve de manera sincera. Le cae bien ese gigantón que, pese a haber pasado tantas penurias, es capaz de mantener una actitud alegre frente a la vida.

Phil el mocososo sigue fiel a su mote y moquea insistentemente. Debería tomar de manera urgente la infusión de tomillo que Ululato le recomendó la pasada noche. No es bueno que un resfriado se alargue tanto.

Vasil el gruñón mira al vocero con un semblante malcarado. Ululato piensa que deber tener mucho cuidado especialmente con él, pues sus ojos furiosos no le auguran nada bueno.

—Kant el sabio, me ha dicho el bueno de Theo que a ti es al que más debo agradecer mi recuperación pues has puesto al servicio de mi persona toda tu sapiencia.

—Oh, mi gran señor, vais a hacer que me sonroje, no he hecho más que cumplir con mi obligación como buenamente he podido. Me alegra sobremanera que mi ciencia os permita estar aquí con nosotros.—responde Kant haciendo una reverencia al falso señor.

Ululato se siente en la obligación de dedicar unas palabras a los rudos leñadores, que no es cosa menor que le hayan librado por segunda vez de perecer en las entrañas del Bosque Negro, así que, tras pensar unos segundos, se lanza a hablarles con el corazón en la mano.

—Ejem, ejem. Queridos leñadores que con vuestros musculosos brazos y piernas me recogisteis en el camino cuando me encontraba malherido, sois sin duda unos buenos hombres trabajadores y barbudos, menos tú mocososo Phil, que estás afeitado y menos tú pequeño Eric, que aún no tienes edad para tener la barba poblada, pues habrás de saber que cuidar de una barba frondosa y bien lustrada como la de tus amigos y tu padre es una tarea compleja y muy viril, tanto como nuestra ilustrísima majestad el Rey, que siempre hace que le froten sus regias barbas con aceite de ricino para que luzcan espléndidas. Mi bien amada esposa Lady Citronella siempre me anima a que me deje crecer la barba, porque eso le pone mucho, pero yo prefiero ir bien afeitado porque un gran héroe como yo no puede permitir que la barba se le vaya enredando por ahí como si tal cosa. Gracias a vuestro



ejemplo los hombres pueden saber como es una barba y decidir llevarla o no llevarla según sean sus deseos. Se puede decir, pues, que vosotros, humildes trabajadores del bosque, sois el espejo de su graciosa Majestad a quien, por encima de todas las cosas, le gusta una buena barba larga y bien recia.

Los leñadores le miran embobados y asienten con la boca abierta y los ojos clavados en él, pues jamás han conocido ni les ha llegado noticia de algún noble que haya tenido palabras de halago hacia unos humildes servidores de los bosques. Ululato se da cuenta de que, de nuevo, se está yendo por las ramas y decide finiquitar el discurso antes de meter más la pata.

—Y esto... para finalizar, quisiera daros las gracias por haberme auxiliado después de mi valerosa lucha con un oso de las cavernas hambriento y con malas intenciones. Si yo acabé maltrecho, puedo aseguraros que él se fue bien servido. Hallándome malherido y al borde de la muerte, cumplisteis con el deber sagrado de auxiliar a vuestro señor, que soy yo, porque amar significa no tener que decir nunca lo siento y yo no siento las piernas. Francamente, querida, me importa un bledo y cuando vuelva a mi castillo, victorioso tras haber cumplido con la noble gesta que tengo encomendada, os recompensaré como es debido, pues es de noble cuna, como la mía, el ayudar a las buenas gentes que uno se va encontrando por ahí. Haré todo lo que pueda y un poco más de lo que pueda si es que eso es posible, y haré todo lo posible e incluso lo imposible si también lo imposible es posible. Cuanto peor mejor para todos y cuanto mejor para todos mejor, mejor para mí el suyo. Beneficio político.

Tras un breve momento de estupor los hombretones estallan en gritos de júbilo por la emoción de las palabras de su queridísimo señor. Toman en brazos a Ululato y sin dejar la algarabía lo llevan en volandas hasta la zona en la que la alegre hoguera calienta el contenido de la olla que, en breves momentos, estará dentro de sus hambrientos estómagos. Ululato se acomoda en el mismo tocón que le sirvió de asiento la noche anterior. Toda la situación se le antoja una fábula mil veces ya contada.

—Sir Héctor—dice el tímido Eric.—¿Podríais explicarnos vuestra heroica lucha con el oso de las cavernas?

—Como no, estimado súbdito.—Ululato ya se veía venir esta petición. A estas alturas ya es plenamente consciente de haber entrado en un bucle temporal.



—Sirvamos primero unos buenos cazos de potaje para llenarnos la tripa y rica agua del arroyo para mojarnos los gznates.—dice el sabio Kant y su propuesta es acogida con enorme júbilo.—Nada hay mejor para reponer fuerzas que una comida sabrosa. No os podemos ofrecer nada más fuerte que el agua fresquita, pues debéis saber, Sir...

—Que sois leñadores abstemios. Hombres versados en el noble oficio de manejar maquinaria pesada con vuestros, no menos pesados, brazos atléticos. Nunca la fuerza bruta y el alcohol fueron buenos compañeros. Anda, pequeño Eric, avisa al dormilón de Rob para que nos honre con su presencia. No querrá perderse la cena y mucho menos la narración de las grandes gestas de vuestro valiente señor.—Ululato finaliza el discurso del sabio Kant dejando a los hombretones boquiabiertos.

Cuando ya todos están reunidos alrededor del fuego sujetando una escudilla de madera bien repleta de comida, Ululato, se pone en pie para obsequiar a los leñadores con la narración de su falso encuentro con el no menos falso oso cavernario.

"Érase una vez que se era un valiente caballero, de nombre Sir Héctor el Magnífico, del noble linaje de los Lauriabel, dueño y señor de las vastas tierras de Ocatinamio, portador de la sin par cimitarra Khanda, terror de los malvados. Siendo que el caballero se ha embarcado en la colosal gesta de dar muerte al fiero dragón que asola las tierras de Evantil, con el fin de dar cumplimiento a su misión se adentra en el temible Bosque Negro y siendo calurosa la mañana desmonta de su caballo para refrescar el gznate con el agua cristalina de un burbujeante arroyo. Apenas ha bajado de Fulguroso, que ese el nombre de su gallardo corcel, cuando se da de bruces con un fiero oso de las cavernas. Siendo Sir Héctor de noble corazón y confiando en que el descomunal animal ha salido de la espesura para beber en el arroyo, alza las manos en son de paz con la intención de que la bestia entienda que no pretende hacerle ningún daño. Pero ay, cuan equivocado está el sin par caballero, pues el oso, creyendo que su víctima está rendida ante su imponente presencia, se abalanza sobre él clavando sus garras como puñales en la noble carne del caballero. Sus dientes son como afiladas dagas y sus ojillos mezquinos rezuman maldad homicida. Viendo Sir Héctor que el bicho tiene claras intenciones de zampárselo, pues saliva copiosamente ante el sabor de su sangre, desenvaina a Khanda, su mortal cimitarra de doble filo, herencia de su casa y azote de villanos y criaturas varias. Sus ojos inyectados en sangre. Su brazo alzado, listo para asestar certeros golpes sobre la gruesa piel del animal. El oso, tan alto como tres o cuatro hombres, le ataca con más furia aún, pues al sentirse herido, su mezquindad se ha



acrecentado. Salto por aquí. Cruce entre espada, garras y dientes por allí. Sangre brotando a diestro y siniestro. El valiente señor embiste con fiereza asestando un certero tajo al bicho que clama venganza. Con una cicatera maniobra impropia de un animal noble como el oso, su oponente se sitúa a sus espaldas y le ataca por detrás hiriendo a nuestro héroe, que cae al suelo presa de gran dolor. No se amilana. Se recupera de inmediato y le asesta un espadazo tras otro al infame tramposo que, viéndose superado en gallardía, porte y donosura, corre despavorido para intentar salvar la vida pero, ay no, ya es demasiado tarde. Sir Héctor le persigue con gran agilidad y consigue darle caza. Ambos caen al suelo enzarzados en una lucha a muerte. Ruedan y ruedan hasta que el infame animal consigue zafarse de los poderosos brazos de Sir Héctor y huye, como alma que lleva el diablo, a refugiarse en su oscura caverna, de la que jamás debió salir. Nuestro amado señor, con las fuerzas menguadas por tan colosal duelo, cae desmayado y casi difundo. Y así hubiera sido si los amables leñadores, que son sus ángeles de la guarda, no hubieran dado con su persona atendiéndola y devolviéndola a la vida."

Ululato ha acompañado toda su narración con gestos y saltos, gruñidos y aspavientos que intentan imitar una lucha espectacular entre un fornido caballero y un temible oso cavernario. Cuando termina, la audiencia, que ha seguido toda su narración con la boca abierta y los ojos como platos, estalla en sonoros aplausos y en vítores. Por segunda vez consecutiva ha conseguido meterse a su exigente público en el bolsillo. El juglar, emocionado, pues lleva el espectáculo en la sangre y actuar es sin duda su vocación, saluda a la concurrencia con afectadas reverencias y lágrimas de júbilo en los ojos. Son los aplausos el alimento del cómico. Si le piden un bis será el hombre más feliz sobre la faz de la tierra.

—Estooo, ¿pero cómo es posible que un ser irracional como un oso sea capaz de inventarse maniobras de ataque?—es el gruñón Vasil el que saca a Ululato de sus juglarescas ensoñaciones.—¿Cómo es que su inteligencia supera a la de muchos hombres?

Ululato traga saliva antes de contestar. Debe ser rápido o se darán cuenta de que no es quien en realidad dice ser. Maldita sea su estampa de cómico talentoso y dado a adornar con virtudes descabelladas a sus personajes.

—Verás, buen hombre, es que no se trataba de un simple oso mondo y lirondo, sino uno de esos animales criados desde que son cachorros en la corte, para diversión de sus majestades. Seguramente, algún envidioso que le odiaba por ser el favorito del Rey, le





soltó de nuevo en el bosque cuando ya fue adulto y el descomunal animal, que conoce los trucos de los hombres, cuando ve a uno clama venganza por verse obligado a vivir sin las comodidades de palacio.

—Oh, ¿un animal de la corte? Tiene mucho sentido lo que decís, señor—exclama Kant emocionado. Siempre quiso tener la oportunidad de ver a una de esas bestias criadas a imagen y semejanza de los humanos y resulta que hay una viviendo en sus bosques. En cuanto sus obligaciones se lo permitan saldrá en su busca, pues no quiere perder la oportunidad de estudiarla.

—Claro, claro, un animal de la corte—refunfuña Vasil mirando fijamente al falso caballero.

—Debo decir, señor, que ésta, como la de anoche, ha sido una historia estupenda.—dice Theo.—Mucho nos afligen los pesares a los que os habéis visto obligado a enfrentaros una y otra vez, pero que un rayo me parta si no sois el mejor contador de historias que ha sentado sus posaderas al borde de nuestra lumbre. Lo dije y lo reitero.

De nuevo vítores y aplausos de los entusiasmados leñadores. Por los pelos el vocero Ululato ha sido capaz de salir airoso por segunda vez de una situación complicada.

\*\*\*

A la mañana siguiente Ululato se levanta temprano con la intención de retomar su viaje lo antes posible. Ya ha tentado dos veces a la suerte y teme que, si se demorase más de lo debido, no será capaz de salir airoso una tercera vez. Mientras acaba de ajustarse el nuevo peto de piel de ciervo que los buenos leñadores le han obsequiado, se hace la firme promesa de no desviarse ni un ápice de su camino hasta que no consiga salir del maldito Bosque Negro y ponerse a salvo de las amenazas con las que no hace más que toparse. En cuanto se halle lejos de los dominios de los Lauriabel, se deshará de su máscara de caballero y, sin mirar atrás, buscará su fortuna lo más lejos posible de las zarpas de Lady Citronella y de las fauces del dragón al que se supone que tiene que dar muerte. Tiene que huir y tiene que hacerlo ya, sin mas demora, o acabará muerto en algún rincón oscuro del bosque sin que sus amigos leñadores puedan hacer nada por evitarlo.

—Veo, mi señor, que ya estáis listo para partir.—Theo entra en la cabaña dándose un testarazo con el travesaño de la puerta.



—Buen leñador, te agradezco sobremanera la hospitalidad que, de nuevo, has tenido para conmigo. Has de saber que no olvidaré tu fidelidad y la de tus amigos. Seréis recompensados. Y he de añadir, además, que os echaré de menos, buen gigante bonachón—Ululato sigue fiel a su personaje.

—Pues veréis, noble señor, ayer, cuando os retirasteis a dormir, los muchachos y yo estuvimos hablando y... bueno, hemos pensado que no está bien que un héroe de vuestra envergadura vaya por ahí sin escudero, así que...en fin, que esto...¡yo iré con vos!

Ululato se ha quedado con la boca abierta por la sorpresa. Es tal su zozobra que a punto está de caerse al suelo por la nefasta noticia. Si el leñador se empeña en acompañarle le será prácticamente imposible huir lejos de allí, tal como tiene previsto hacer. No, no, no, debe convencerle de que se quede en el bosque con los suyos.

—Pero, pero, pero...—el vocero tiene la boca seca y es incapaz de articular palabra.

—Oh, señor, ya veo que estáis emocionado—Theo no puede reprimirse y le da un sentido abrazo a su señor.

—Pero, pero, pero...—¡maldita sea!, ¿dónde ha quedado toda su elocuencia de anoche?

—¡Yo siendo el fiel escudero de Sir Héctor el Magnífico!, ¿quién me lo iba a decir?—Theo está eufórico.

—Pe, pe, pero, pero...

Antes de darse cuenta, Ululato ya está de nuevo montado sobre su mezquino corcel Fulguroso y a su lado, más contento que unas castañuelas, el gigante Theo va silbando una melodía a lomos de un caballo percherón tan fuerte como su jinete.

\*\*\*

Continuará en el capítulo ocho

